

ilustrados, soy de sentir que acceda á la solicitud de su impresion, que motivó el decreto de V. S. que obsequio con el mayor gusto, asi por la confianza que tiene en mis escasas luces, como por el placer que me ha proporcionado el revisar obra tan esquisita. Morelia Febrero 11 de 1843.

Domingo Gárfias.

Morelia Febrero 11 de 1843. Visto el parecer anterior, extendido por el Sr. Chantre de esta Santa Iglesia Catedral, Lic. D. Domingo Gárfias y Moreno, sobre el panegirico de N. Sr. Jesucristo predicado por el Lic. D. Clemente Munguía el Viernes Santo del año próximo pasado en la ciudad de Pazcuaro, concedemos la licencia que se pide para su impresion, bajo la calidad de que se inserte dicho dictámen y este decreto, y de que ántes de salir á la luz pública, se coteje por el Sr. aprobante. El Sr. Lic. D. Mariano Rivas Provisor y Vicario General asi lo decretó y firmó. Doy fé.

Rivas.

Ante mí
Estévan González.
Notario.

PANEGIRICO

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti á Patre, plenum gratiae, et veritatis. . . . Joann. cap. 1º v. 14.

Hemos visto su gloria, gloria cual el unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad, S. Juan. cap. 1º v. 14.

PARA desempeñar dignamente, Señores, en esta vez el ministerio de la palabra santa, seria necesario estar poseido de aquella celestial inspiracion que admira el universo en la narracion del mas profundo, misterioso y sublime de los evangelistas. El acontecimiento que celebra la santa Iglesia en este dia despierta mil recuerdos en el alma, excita innumerables sentimientos, y todos de un órden tan elevado, que ha menester para sostenerlos de una fuerza superior, de aquella fuerza que suele Dios comunicar á los que

están encargados de anunciar sus prodigios y publicar su gloria. ¿Pero cuál es este acontecimiento, católicos, y qué motivo nos reúne á todos al presente en la casa del Señor? ¡Ah! esta luz melancólica cuyos débiles rayos apenas interrumpen las tinieblas en que está envuelta la naturaleza, esos monótonos y pausados conciertos que no ha mucho acabamos de escuchar, en los cuales prorumpía el Profeta inconsolable á la vista de Jerusalem desolada; este silencio augusto que parece encadenar hasta el aliento en el recinto del santuario; ese monumento enlutado, esa urna venerable, custodiada por llorosos genios que cambian hoy la vestidura de luz por el luto de la tierra: todo nos anuncia la muerte del Hombre-Dios, todo manifiesta que celebramos el aniversario del Rey por esencia, las honras fúnebres de Jesucristo.

A la vista de tan grandes objetos, el corazón se siente oprimido, se apodera del alma una santa desolación, los suspiros interrumpen de tiempo en tiempo este silencio religioso, y los ojos se inundan á cada paso en un torrente de lágrimas.

Pero qué, ¿lágrimas y dolor exige de nosotros la vida y muerte del Redentor del mundo? ¡Ah! ¿Que sería del hombre sin esa tumba? ¿Donde estarían sin ella su consuelo su esperanza y su felicidad? Si yo viniese aquí á ofrecer los últimos honores á un Monarca de la tierra, pintaría su magnificencia y exaltaría sus glorias, á fin de que viéndolas vosotros abandonarle para siempre en el sepulcro, comprendiérais á la luz del Evangelio, cuán triste es la inmortalidad que otorga el mundo á sus grandes. Mas no se trata, Señores, de arrebatar la admiración con la pintura de esa triste celebridad: no vengo aquí á sacar de la vanidad humana lecciones terribles y úti-

les desengaños: se trata de contemplar la única y sólida grandeza: vengo directamente á exponer á la veneración pública la verdadera gloria, la gloria por excelencia, la gloria del Mesías, y para hablar con el Evangelista, la gloria que el Eterno Padre había de comunicar á su Hijo unigénito. *Gloriam quasi unigeniti à Patre.*

¿Como pintarla? Nuestros discursos tienen siempre un término; las grandezas de Jesucristo no le tienen. Mas qué, ¿no contamos por ventura con otros medios de celebrarlas, que nuestros limitados pensamientos? Nuestro ministerio no está reducido á los mezquinos discursos de la razón: el orador cristiano cuenta siempre con esa profunda sabiduría que para la enseñanza y edificación de su Iglesia, le ha dejado el Señor en el depósito de los libros santos; y yo mismo, á pesar de toda mi pequeñez é indignidad, no necesito mas que abrir esas páginas venerables, para mostrar en ellas á mi auditorio la fuente inagotable de tanta grandeza y de tanta gloria.

Una y otra, Señores, resplandecen altamente en aquella plenitud infinita que lo comprende todo: sabiduría, bondad, misericordia, poder; en aquella plenitud eterna de gracia y de verdad que admiró el Evangelista San Juan en la persona del Mesías: *plenum gratiae, et veritatis.* Estas dos palabras encierran maravillosamente los grandes atributos de Jesucristo. Plenitud de verdad que anuncia la sabiduría del Verbo, plenitud de gracia que anuncia las perfecciones infinitas y los méritos del Hombre-Dios: plenitud de que todos hemos participado sin que padezca detrimento alguno en su fuente. Aquí reconocen nuestra razón, que las glorias de Jesucristo no están reducidas á una porción del espacio, ni sujetas

al cómputo mezquino del tiempo; y que aun humanamente hablando, su historia es la historia del mundo, que su nombre ha sido, es y será universal y perpetuamente venerado, y que hablar de las grandezas de Jesucristo es abismarse en la inmensidad y eternidad de Dios.

Mas no siendo posible referirlo todo, y habiendo de sujetarme, en una materia tan vasta, dentro de los estrechos límites de un discurso, permitidme que os hable de tres cosas que inician en cierto modo á la razon humana en los altos misterios de esta plenitud infinita. La predicacion de Jesucristo, la historia de su vida, el establecimiento y la conservacion de su Iglesia: he aqui, católicos, la sabiduría por excelencia, la santidad eterna, el poder sumo del Redentor del mundo, los dones inefables con que el Verbo hecho carne se ha dignado enriquecer á la pobre humanidad, la luz que ha civilizado al mundo, el poder que ha extendido entre los hombres el imperio de la virtud, y la misericordia que ha celebrado la feliz alianza del cielo con la tierra. Admiramos pues en esta noche, consagrada justamente á los mas santos y gloriosos recuerdos, admiremos, digo, cuanto cabe en la condicion humana, una verdad que dispó las tinieblas del universo, una vida que hizo nacer la virtud y la sostiene con el ejemplo mas sublime, un poder en fin que fundó un reino inmortal. Plenitud de verdad que destruye el imperio del error: he aqui la doctrina de Jesucristo. Plenitud de gracia que confirma esta verdad con los ejemplos, á fin de plantar en la tierra la virtud: he aqui las acciones, los padecimientos, la muerte ignominiosa de Jesucristo. Plenitud de gracia y de verdad eternamente unidas, de verdad que dirige y de gracia

que ejecuta y conserva: he aquí la Iglesia de Jesucristo. Mas yo no debo desplegar mis labios, hermanos míos, sin postrarme antes con vosotros delante de ese madero, escándalo para el judío, locura para el gentil, consuelo y apoyo, poder y sabiduría para nosotros, que por la gracia de nuestro Señor Jesucristo hemos renacido en el Espíritu Santo.

¡O Cruz! Yo te saludo con la Iglesia Santa. De ti penden hoy la esperanza y la inmortalidad. En ti se halla el manantial perenne de la sabiduría y de la misericordia, tu eres la fuerza y la unción de la palabra evangélica. Que descienda pues á mis labios una gota siquiera de ese licor dulcísimo y fecundo con que se dignó enriquecerte el Hijo de Dios: que esto me basta para celebrar dignamente su gloria á la vista de su sepulcro y en medio de su pueblo. ¡O Cruz, ave &c.!

PRIMERA PARTE.

Siguiendo con fidelidad el curso de los tiempos, para venir á la época de su plenitud, en que Jesucristo habia de presentarse extendiendo sus augustos brazos, á fin de reunir en la sagrada colina del Calvario y al pie de su cruz á todas las naciones, nuestro espíritu se eleva por un impulso irresistible á contemplar las causas de un acontecimiento que nada tiene de comun con lo que mas admira la historia en la vida y en las acciones de los sabios y de los reyes. La filosofía, Señores, que se disonjaba en aquel siglo de haber atesorado un gran número